

borda. Federico apretó el paso cuando salió del café. Pesaban en su ánimo dos meses de soledad y privaciones y experimentaba una necesidad invencible de sacudir el yugo de su razón y de respirar más á su gusto. Sin saber á ciencia cierta lo que hacía, tomó el camino de la casa de Bernereta; la lluvia había cesado: al resplandor de la luna miró las ventanas de su amiga, la puerta y la calle, que le eran tan familiares. Puso, temblando, la mano en la cuerda de la campanilla, y como antaño, preguntóse si hallaría en el cuartito la lumbre cubierta de ceniza y la cena puesta. En el momento de llamar dudó un instante.

«¿Qué inconveniente habrá, se decía, en que yo pase aquí una hora y en que Bernereta me procure un recuerdo del amor pasado? ¿Qué riesgo puedo yo correr? ¿No seremos los dos libres mañana? Puesto que la necesidad nos separa, ¿por qué he de temer verla un instante?

Era media noche; llamó despacio y la puerta se abrió. Al subir la escalera le llamó la portera y le dijo que no había nadie. Era la vez primera que encontraba á Bernereta ausente. Pensó que estaría en el teatro y contestó que aguardaría, pero la portera se opuso. Y al cabo de algunos minutos declaró la mujer que Bernereta había salido temprano y que no volvería hasta el día siguiente.

VIII

Cuando se ama, ¿á qué conduce echarlas de indiferente, si no por eso merma el sufrimiento hasta que la verdad sale victoriosa? Federico se había jurado tantas veces que no tendría celos de Bernereta, lo había repetido tantas veces á sus amigos, que hasta él mismo había llegado á creerlo. Al salir se encaminó á su casa silbando una contradanza.

Tiene otro amante—se dijo;—mejor para ella, es lo que yo quería.

En lo sucesivo ya estoy tranquilo.

Mas apenas llegó á su domicilio, sintió una debilidad mortal. Sentóse y acomodó su frente en sus manos como para sujetar sus pensamientos. Al cabo de una lucha baldía salió vencido: la naturaleza, levantó el rostro bañado de lágrimas y halló algún alivio confesándose lo que experimentaba.

Una languidez extrema sucedió á tan violenta sacudida. La soledad llegó á serle insoportable, y durante algunos días empleó su tiempo en visitas y paseos sin objetivo. Ya intentaba saciarse en la indiferencia que había afectado; ya se abandonaba á una cólera ciega y á proyectos de venganza. El hastío de la vida se apoderaba de su ánimo. Recordaba las dolorosas circunstancias que acompañaron á su amor na-

ciente, y este funesto ejemplo jamás se separaba de su mente.

«Voy comprendiendo—decía á Gerardo,—y ya no me admiro de que se apetezca la muerte en situaciones como la mía. No por una mujer se mata un hombre, sino porque es inútil vivir cuando se sufre hasta este extremo, cualquiera que sea la causa.»

Gerardo conocía demasiado á su amigo para dudar de su desesperación y le quería lo suficiente para dejarle confiado á sus propias fuerzas, y halló medio, mediante recomendaciones poderosas, de que nunca echara mano para él mismo, de hacer que dieran á Federico un cargo diplomático. Una mañana se presentó en su casa con una credencial del ministro de Estado.

«Los viajes—le dijo—son el mejor y el único remedio contra el tedio. Para decidirme á que abandones París, me hice pedigüeño, y gracias á Dios conseguí lo que quería. Si eres fuerte saldrás en seguida para Berna, donde el ministro te envía.»

Federico no dudó un instante. Dió gracias á su amigo y puso sus cosas en regla. Escribió á su padre participándole sus nuevos proyectos y le pidió su venia. La respuesta fué favorable. Al cabo de quince dias, las deudas estaban pagadas: nada se oponía al viaje de Federico y se procuró su pasaporte.

La señorita Darcy dirigióle mil preguntas,

peró él no desplegó sus labios. Mientras no vió claro en su propio corazón, se habia prestado por flogedad al espíritu curioso de su joven confidente. Pero el sufrimiento era ya demasiado real para que consintiese en hacer de él un juego. Al advertir el peligro de la pasión que le dominaba, comprendió la frivolidad del interés de la señorita Darcy. Hizo, pues, lo que los hombres hacen en caso semejante. Para contribuir él mismo á su curación, dijo que se habia curado, que unos amores pasajeros habian podido cegarle, pero que estaba ya en edad de pensar en cosas más serias. La señorita Darcy, como se comprenderá, desaprobó tal proceder, porque para ella en este mundo lo más serio era el amor, todo lo demás la parecia despreciable. Tales eran al menos sus razonamientos. Federico la oyó con sosiego y convino con ella de buen grado en que jamás sabría amar. Su corazón le decía sobradamente lo contrario, y al mostrarse inconstante habia querido decir verdad.

Cuanto menos animoso se sentia, más apresuraba su partida. Pero no podia libertarse de un pensamiento que le obsesionaba. ¿Quién seria el nuevo amante de Bernereta? ¿Qué hacia Bernereta? ¿Debía él visitarla por última vez? Gerardo no era de este parecer; tenia por norma de conducta que nada hay que hacer á medias, y puesto que Federico estaba decidido á

alejarse, le aconsejaba que lo olvidara todo. ¿Qué es lo que quieres saber? O Bernereta no te dirá una palabra, ó desfigurará la verdad. Puesto que es evidente que algún otro amor la ocupa, ¿á qué viene hacérselo confesar? Una mujer no es jamás sincera en este particular con el amante que tuvo; ni siquiera cuando la reconciliación es imposible. Y, por otra parte, ¿qué aguardas tú de ella? ya no te quiere.

Gerardo se expresaba así de propio intento, para fortalecer el ánimo de su amigo. Deja á los que ya han amado juzgar del efecto que producirían; pero hay muchas gentes que han querido y lo ignoran. Las afecciones de este mundo, hasta las más intensas, se desvanecen casi siempre; sólo algunas se rompen. Aquellos cuya ausencia, fastidio ó saciedad debilitaron poco á poco los amores, no pueden imaginar lo que hubiesen experimentado si un golpe súbito los hubiera herido. Hasta el corazón más frío se ensangrienta y abre con ese golpe; quien insensible permanece, no merece llamarse hombre. De cuantas heridas la muerte nos infliere aquí abajo antes de nuestro sucumbir, aquélla es la más intensa. Preciso es haber mirado con los ojos llenos de lágrimas la sonrisa de una querida infiel para comprender estas palabras: ¡*Ya no te quiere!* Preciso es haber llorado mucho tiempo para recordarlas; es una experiencia tristísima. Si yo intentara procurar una

idea á los que lo ignoran, les diría que no sé lo que es más cruel: si perder de pronto á la mujer amada por su inconstancia ó por su muerte.

Nada podía reponer Federico á los severos consejos de Gerardo; un instinto más poderoso que la razón luchaba en él contra esos consejos. Para llegar al término que apetecía, emprendió otra senda distinta; sin darse cuenta de lo que quería, ni de lo que pudiera sobrevenir, buscó el medio de tener á todo trance nuevas de su amiga. Llevaba una linda sortija que Bernereta codiciaba. A pesar de todo su amor por ella, nunca se decidió á regalársela, por tratarse de un recuerdo de su padre. Entregósele á Gerardo diciéndole que era de Bernereta, y le rogó que se la diera. Gerardo se encargó de hacerlo así, pero sin apresurarse á cumplir su cometido. Federico insistió y fué menester ceder á sus deseos.

Los dos amigos salieron juntos una mañana, y mientras Gerardo fué á casa de Bernereta, Federico quedó aguardándole en las Tullerías. Tristemente preocupado como estaba, se metió entre la multitud como uno de tantos paseantes, y no sin dolor se desposeía de una reliquia de familia que le era cara. ¿Y qué podía esperar de su liberalidad? ¿Qué noticias recibiría capaces de consolarle? Gerardo iba á ver á Bernereta, y si alguna palabra, algunas lágrimas se la escapaban, ¿no le parecía necesario ocul-

tar lo que hubiera pasado? Federico miraba la verja del jardín y aguardaba la vuelta de su amigo en actitud indiferente. ¿Qué importaba? Habría visto á Bernereta; era imposible que no tuviera nada que decir: ¿quién sabe lo que el azar puede originar? Habría quizá sabido multitud de cosas en la visita. Cuanto más tardaba Gerardo, más esperaba Federico.

Mientras tanto el cielo estaba sereno y empe- zaban los árboles á cubrirse de verdura. Hay uno en las Tullerías que llaman el árbol de 20 de Marzo. Es un castaño que aseguran que estaba en flor el día que vino al mundo el rey de Roma, y que todos los años florece en la misma época. Muchas veces se había sentado Federico al pie de este árbol, y se encaminó á él maquinalmente. El castaño permanecía fiel á su poética nombradía; sus ramas esparcían los primeros perfumes del año. Por allí, yendo y viniendo, se veían mujeres, niños y jóvenes; la alegría de la primavera respiraba en todos los semblantes. Federico pensaba en el porvenir, en su viaje y en el país que iba á visitar. Una inquietud, en la que había alguna esperanza, le agita- ba á pesar suyo; cuanto le rodeaba parecía llama- rle á una existencia nueva. Se acordó de su padre, de quien él era el orgullo y el apoyo, y del cual no había recibido desde que vino al mundo sino testimonio de ternura. Ideas más dulces y más sanas fueron poco á poco ganando

su espíritu. La muchedumbre que le rodeaba hizo pensar en la variedad é inconstancia de todas las cosas. ¿Hay algo que pueda darnos una idea más cabal de lo que valemos y de lo que somos á los ojos de la providencia? Menester es vivir, pensaba Federico, menester es obedecer al supremo guía. Menester es andar, hasta cuando se sufre, porque nadie sabe dónde va. Libre soy y muy joven todavía; es preciso recobrar aliento y resignarse.

Sumido estaba en estas reflexiones cuando vió á Gerardo correr hacia él, pálido y conmovido.

—Amigo mío—le dijo,—es preciso que vayas allá. Pronto, no perdamos tiempo.

—¿Dónde me llevas?

—A su casa. Te aconsejo lo que creo justo; pero hay ocasiones en que el cálculo debe echarse á un lado y prescindir de la prudencia.

—¿Pues qué ocurre?—exclamó Federico.

—Vas á saberlo; ven, corramos.

Fueron juntos á casa de Bernereta.

—Sube solo—dijo Gerardo;—vuelvo en un instante—y se alejó.

Federico entró. La llave estaba puesta y las ventanas cerradas.

—Bernereta—dijo,—¿dónde estás?

Nadie contestaba.

Internóse en la obscuridad, y al resplandor

del fuego medio extinto, vió á su amiga sentada en el suelo junto á la chimenea.

—¿Qué tienes?—preguntó. —¿Qué ha sucedido?

Igual silencio.

Acercóse á la joven y tomó su mano.

—Levanta—la dijo,—¿qué haces ahí?

Pero apenas había pronunciado estas palabras retrocedió horrorizado. La mano de la joven estaba helada y su cuerpo inanimado rodaba á sus pies.

Lleno de espanto pidió socorro.

Gerardo entró seguido de un médico. Abrieron la ventana y metieron en la cama á Bernereta. El médico la examinó, movió la cabeza y dió instrucciones; los síntomas no eran dudosos, la pobre muchacha se había envenenado, ¿pero con qué veneno? El médico lo ignoraba y en vano pretendía adivinarlo. Comenzó por sangrar á la enferma; Federico la sostenía en sus brazos; cuando abrió los ojos le reconoció y le besó, luego volvió á su letargo. Por la noche la sirvieron una taza de café y recobró el conocimiento, que fué como el despertar de un sueño. Preguntáronla entonces qué veneno había tomado, y al pronto no quiso contestar, pero estrechada por el médico, lo confesó. En un candelabro de cobre que había en la chimenea veíanse las huellas de la lima; Bernereta había recurrido á este medio para aumentar el efecto

de una débil dosis de opio, porque el farmacéutico á quien se había dirigido no quiso darla cantidad mayor.

IX.

Quince días fueron necesarios para verla fuera de peligro; ya se levantaba y tomaba algún alimento, pero su salud había acabado y el médico declaró que sufriría toda su vida.

Federico no la abandonó un momento. Ignoraba aún el motivo que la impulsara á buscar la muerte y le admiraba que nadie, absolutamente nadie, pensara en ella. En efecto, hacia quince días que por allí no había parecido ni un pariente ni un extraño. ¿Era posible pensar que su nuevo amante la abandonara en circunstancias tan críticas? Semejante abandono era la causa real de la desesperación de Bernereta? Ambas hipótesis parecían á Federico igualmente increíbles, y su amigo le había dicho que la joven guardaría silencio en este respecto. Yacía, pues, sumido en una duda cruel, perturbado por secretos celos, contenido por el amor y la piedad.

En medio de sus dolores, Bernereta le testimoniaba la ternura más viva. Llena de reconocimiento por los cuidados que la prodigaba, estaba junto á él más alegre que nunca, pero con una alegría melancólica y velada por el

sufrimiento. Por distraerle hacia todos los esfuerzos imaginables y para que ni un momento la dejara sola. Cuando salía preguntábale la hora de volver. Quería que comiese á la cabecera de su cama y que durmiera estrechándola la mano. Para distraerle contábale mil historietas tocantes á su pasado, pero cuando se trataba del presente y de su funesta resolución, permanecía muda. Ninguna súplica, ninguna pregunta de Federico alcanzaban respuesta, y cuando él insistía, ella se ensombrecía y llenaba de tedio.

Un día que estaba en la cama, cuando acababan de sangrarla de nuevo, y la herida no bien cerrada despedía un poco de sangre, ella miraba sonriente una lágrima purpurina que se deslizaba por su brazo, blanco como el mármol.

—¿Me quieres todavía?—dijo á Federico;—los horrores que presencias, ¿no hacen que me tomes hastío?

—Te quiero—respondió,—y ahora ya nada bastará á separarnos.

—¿De verdad?—repuso ella besándole,—¿no me engañas? Dime que no es un sueño.

—No, no es un sueño, no, mi hermosa y cara Bernereta; vivamos tranquilos, seamos felices.

—¡Ay! ¡no podemos serlo, no podemos!—exclamó en tono angustioso.—Luego añadió en voz baja:—Y si no podemos, debemos volver á empezar.

Aun cuando no había hecho más que murmurar estas últimas palabras, Federico las había oído y le habían ocasionado un estremecimiento. Al día siguiente se las repitió á Gerardo.

—Mi determinación está tomada—le dijo;—no sé lo que mi padre dirá, pero yo la quiero y, suceda lo que quiera, no la dejaré morir.

Adoptó, en efecto, una determinación peligrosa, aunque la única que se le presentara; escribió á su padre y le confió la historia de sus amores. Olvidó en su carta la infidelidad de Bernereta y sólo habló de su belleza, de su constancia, de la dulce testarudez que pusiera en volver á verla y de la horrible tentativa que la joven acababa de realizar. El padre de Federico, que tenía ya setenta años, quería á su hijo único más que á su propia vida. Trasladóse apresuradamente á Paris, acompañado de la señorita Hombert, hermana suya, mujer muy devota. Desgraciadamente, ni el digno padre ni la buena tía tenían la discreción por virtud; de suerte que, así que llegaron, todos sus conocimientos supieron que Federico estaba loco de amor por una griseta que por él se había envenenado. Luego dijeron que quería casarse con ella y muchos dijeron que aquello era un escándalo y un deshonor para la familia; so pretexto de defender la causa del joven, la señorita Darcy refirió cuanto sabía, exornándolo con los detalles más románticos. En una palabra, que

riendo conjurar la tormenta, Federico la vió desplomarse por doquiera sobre su cabeza.

Tuvo en primer lugar que comparecer ante un cónclave formado de parientes y amigos, que le sometieron á una especie de interrogatorio; y esto no porque le considerasen culpable, por el contrario, procurábasele la mayor indulgencia posible; pero le fué preciso poner su corazón al desnudo y oír cómo discutían sobre sus secretos más caros. Es inútil decir que nada pudo decidirse. El padre de Federico quiso ver á Bernereta, fué á su casa, hablóla largo rato y la preguntó mil cosas, á las cuales ella contestó con tanta gracia é ingenuidad que el anciano se conmovió. Como todo el mundo, había tenido sus amores cuando joven y salió de la entrevista muy perturbado é intranquilo. Llamó á su hijo y le dijo que estaba decidido á sacrificarse un poco en favor de Bernereta, si ella consentía en cuanto se restableciese en aprender un oficio. Federico comunicó esta determinación paternal á su amiga.

—¿Y tú qué harás? ¿Decides quedarte?

Contestó que se quedaría, aunque contra el parecer de su familia. En este particular, M. Hombert no quiso transigir con nadie. Mostró á su hijo el peligro, la vergüenza, la imposibilidad de semejantes relaciones, haciéndole ver en términos benévolos y mesurados que perdería su reputación y acabaría con su porvenir.

Luego de haberle obligado á reflexionar, puso en juego el incontrovertible argumento que constituye la omnipotencia paternal; suplicó á su hijo, y éste prometió obediencia incondicional. Tantas sacudidas é intereses diversos le habían agitado, que no sabía ya la resolución que había de tomar; y viendo la desdicha por todas partes, no se atrevía á luchar ni á escoger. Hasta el propio Gerardo, que de ordinario mostraba un carácter entero, buscó en vano algún medio de salvación, viéndose obligado á declarar que precisaba dejar campo abierto al destino.

Dos sucesos inesperados cambiaron de pronto la faz de las cosas.

Federico, se encontraba solo una tarde en su cuarto, cuando vió entrar á Bernereta. Estaba pálida y con los cabellos en desorden; una fuerte calentura hacía brillar sus ojos con resplandor siniestro; contra lo que acostumbraba, su palabra era aquel día breve é imperiosa. Iba—decía,—á obligarle á que hablara terminantemente.

—¿Quieres matarme?—le preguntó.—¿Me quieres ó no me quieres? ¿Eres una criatura? ¿Necesitas el consejo de los demás para obrar? ¿Estás loco al consultar á tu padre para saber si debes de conservar á tu amada? ¿Qué es lo que quieren esas gentes? ¿Separarnos? Si lo apeteces como ellos, para nada necesitas su parecer, y si no lo apeteces, menos todavía los has de menes-

ter. ¿Quieres partir? Llévame en tu compañía. Nunca aprenderé un oficio; no puedo trabajar en el teatro. ¿Y cómo podría en la situación en que me veo? Esperando sufro más de lo que puedo; decide.

Cerca de una hora estuvo hablando en este tono, interrumpiendo á Federico cuando queria contestarla. En vano intentó calmarla. Una exaltación tan violenta no podía ceder ante ningún razonamiento. Por fin, agobiada por la fatiga, Bernereta rompió á llorar. El joven la estrechó en sus brazos; sentíase vencido por tanto amor y echó en su cama á Bernereta.

—Quédate ahí—la dijo,—y que el cielo se desplome sobre mí si yo dejo que te arranquen de mis manos. Nada quiero oír, nada quiero ver más que tú. Me echas en cara mi cobardía y tienes razón, pero yo haré lo que debo hacer, ya lo verás. Si mi padre me rechaza, me seguirás; puesto que Dios me ha hecho pobre, viviremos pobremente. Nada me importa, ni mi nombre, ni mi familia, ni el porvenir.

Estas palabras, proferidas con todo el ardor de la convicción, consolaron á Bernereta, quien suplicó á su amigo que la acompañara á su casa á pie porque queria tomar el fresco, á pesar de hallarse muy cansada. En el camino convinieron el plan que habian de seguir. Federico simularía someterse á los deseos paternos, aunque haciéndola ver que con escasos recur-

sos no era posible arriesgarse en la carrera diplomática. En consecuencia solicitaría seguir en París todo el tiempo á que su carrera le obligaba. M. Hombert cedería, sin duda, con la condición de que su hijo olvidara sus desatinados amores. Quanto á Bernereta, mudaría de barrio y así la creerían fuera de París; alquilaría un cuartito en la calle de La Harpe, y allí viviría tan modestamente, que la pensión de Federico le bastaría para vivir. Tan luego como el padre regresara á Besançon, él se reuniría con ella. Quanto á lo demás, Dios proveería. Tal fué el proyecto en que los pobres amantes se detuvieron, y cuyo feliz suceso creyeron infalible, como acontece siempre en tales casos.

Dos días después, Federico, que habia pasado la noche en vela, se dirigía á casa de su amiga á las seis de la mañana. Perturbaba su ánimo una entrevista que habia celebrado con su padre: se le exigía que saliese para Berna, é iba á ver á Bernereta para reconfortar su abatido ánimo. La habitación estaba desierta y en el cuarto no habia un alma. Preguntó á la portera y supo sin el menor asomo de duda que tenia un rival y que la acompañaba.

Esta vez experimentó menos dolor que indignación. La traición era demasiado grande para que el desprecio no ocupara el lugar del amor. Ya en su casa escribió una extensa carta á Bernereta, haciéndola los cargos más amargos;

pero rompió la carta en el momento de enviarla, considerando que una criatura miserable no debía ser digna de su cólera. Resolvió partir cuanto antes, y habiendo libre un asiento para el día siguiente en la diligencia de Strasburgo lo tomó, avisando á su padre previamente. Federico recibió los plácemes de toda la familia sin que nadie le preguntara por qué obedecía tan presto. Sólo Gerardo supo la verdad. La señorita Darcy sentó que aquello inspiraba piedad y compasión, y que los hombres nunca tendrán corazón. La señorita Hombert engrosó con sus ahorros la pequeña cantidad que llevaba su sobrino. Una comida de despedida reunió á toda la familia, y Federico tomó el camino de Suiza.

X

Los placeres y las fatigas del viaje, el encanto de lo desconocido y los quehaceres de un nuevo cargo, devolvieron pronto la calma á su espíritu. Ya no pensaba si no con horror en la pasión fatal que había estado á punto de perderle. En la embajada halló muy buena acogida; iba muy recomendado; su aspecto predisponía en su favor y una modestia natural avaloraba sus talentos sin debilitarlos. Pronto ocupó en la sociedad un puesto honroso, y el porvenir más rico sueño se abrió ante su camino.

Bernereta le escribió varias veces preguntándole en forma regocijada si había partido para siempre ó si tenía intención de regresar pronto. Federico no contestó en un principio, pero como las cartas continuaban y eran cada vez más frecuentes, al fin perdió la paciencia; es decir, que contestó y así descargó su corazón. Preguntó á Bernereta en los términos más amargos si había echado en olvido su traición dos veces repetida, y rogóla que en lo sucesivo hiciera caso omiso de fingidas protestas que ya nunca podían engañarle, añadiendo que bendecía á la Providencia por haberle iluminado á tiempo, que su resolución era irrevocable, y que no volvería probablemente á Francia sino después de una larga residencia en el extranjero. Cuando la carta hubo partido sintióse más á gusto y completamente libre de la carga del pasado. Bernereta dejó de escribirle y no volvió á oír el santo de su nombre.

Una familia inglesa, bastante rica, habitaba una linda casa en los alrededores de Berna. Federico fué presentado á ella y allí conoció á tres jóvenes, de las cuales la mayor contaba veinte años y era muy hermosa. Esta no tardó en advertir la impresión intensa que produjo al *agregado*, ni se mostró tampoco insensible á ella, á pesar de lo cual Federico no estaba bastante curado para entregarse á un amor nuevo. Pero al cabo de tantas agitaciones y pesa-